

RACHEL SUISSA – WENDY THÉVIN

**NETFLIX**

UNA PELÍCULA  
DE NETFLIX

*LAS* **AMISTADES  
PELIGROSAS**

FANDOM BOOKS

Título original: *Les Liaisons Dangereuses*

1.ª edición: septiembre de 2022

© Del texto: Rachel Suissa y Wendy Thévin, 2022

© Hachette Livre, 2022

© Fotos de cubierta: Lou Faulon, Marie Etchegoyen, Thomas Canel,  
Netflix, Inc., 2022

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2022

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2022  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Hachette Livre, Lola Rodríguez

ISBN: 978-84-18027-75-8

Depósito legal: M-12628-2022

Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

**RACHEL SUISSA Y WENDY THÉVIN**

*LAS AMISTADES  
PELIGROSAS*

**Traducción de Sara Bueno Carrero**

**FANDOM BOOKS**

*Para Eléonore y Edouard, mis productores.  
Todo proyecto empieza con una visión. Gracias, Gaëlle,  
por haber creído en ella y por haber confiado en mí.*  
Rachel Suissa

*Para Isabel y Zélie, mis editoras.  
Se suele decir que no hay encuentro casual,  
y el nuestro fue cosa del destino.  
Gracias por haber creído en mí.*  
Wendy Thévin

# PREFACIO

## PAOLA LOCATELLI, ACTRIZ

Hasta hace un año, nunca había actuado. Hasta hace un año, nunca había interpretado ningún papel delante de una cámara y de un equipo de cien personas.

Hace un año no sabía que estaba a punto de cambiarme la vida.

Hace un año aún no era Célène. Pero...

Todo comenzó el día en que me sonó el móvil a la hora de comer en el instituto. Me llamaban de un número desconocido. Era Nicolas Derouet, el director de *casting* de *Las amistades peligrosas*, nada más y nada menos. Quería que me presentase a la prueba para interpretar el papel de Célène, el personaje inspirado en la señora de Tourvel. *A priori*, era un *casting* muy importante y ya había visto a «medio París», pero la directora insistía en que me presentase yo también.

Al principio me pregunté: «¿Por qué yo?». Y luego pensé: «Porras, voy a tener que leerme el libro. Es bastante denso y el *casting* es dentro de cinco días». Pues me leí el libro y también vi la película de Stephen Frears y me leí el guion que me mandaron, tras lo cual me dije:

1 – ¡El guion es una pasada!

2 – Tengo que salir en esta película sí o sí, porque yo tuve que ser Célène en otra vida. Por extraño que parezca, es lo que sentí en el fondo de mi corazón. Al conocer el personaje de Célène y su universo, redescubrí una parte de mí: la buena alumna, introvertida, tímida, soñadora e idealista, siempre sumida en un libro y que vive entre dos mundos.

Me dejé la piel para este papel y lo di todo en la prueba. Cuando salí, me convencí de que no me iban a elegir, de que seguramente las otras chicas actuaban mejor que yo y de que ellas se adaptaban mejor al personaje sobre el papel. Además, yo nunca había actuado, así que no iban a arriesgarse a coger a una chica sin experiencia.

Así pues, cuando días después estaba a punto de entrar en clase de Inglés, me llamó otro número desconocido: era Rachel Suissa, la directora de la película. ¡Quería volver a verme en la siguiente fase! Me preguntó si estaba disponible ya para una breve sesión improvisada de trabajo por videollamada. Obviamente, le dije que sí... y falté a la clase de Inglés. Estuvimos hablando un buen rato, me dio las indicaciones necesarias para la interpretación y hablamos sobre la psicología del personaje.

Me presenté a la segunda fase del *casting* y de nuevo volví a darlo todo, tratando de aplicar lo mejor posible las indicaciones que me había dado, pero, sobre todo, dejándome llevar sin contenerme, sin juzgarme y confiando en mi compañera (en este caso, era la propia directora la que me daba la réplica).

Finalmente me escogieron de entre más de cincuenta chicas. Cuando le pregunté a la directora por qué me había elegido a mí, me respondió: «Porque eres Célène; no podía escoger a nadie más». No me podía creer que me hubiese seleccionado para interpretar a una joven que no confía en sí misma y que trata de rehacerse tras una tragedia familiar en un mundo al que no pertenece. Habría podido, a juzgar por algunas de mis fotos en redes sociales, hacerme presentarme al *casting* para interpretar a Vanessa Merteuil, la estrella de las redes sociales, la gran *influencer*, la personificación de la confianza en una misma. Pero no: en mí vio a Célène. Fue cosa del destino. En la segunda fase del *casting* fue la primera vez que nos veíamos y, aun así, supo identificar perfectamente esa parte de mí.

Le pregunté si no había candidatas con más experiencia que hubieran sido perfectas de entrada para hacer de Célène, y me respondió que no buscaban la perfección, sino la capacidad de

evolución y de adaptación entre el primer *casting* y el segundo. Me quedé algo tocada, porque tiendo a buscar siempre la perfección. Pero la clave no estaba ahí. Seguí pensando en lo que me acababa de pasar y me di cuenta de que a veces nos eligen por motivos que se nos escapan, y que la capacidad de abrirse, aprender, evolucionar y progresar es lo único que debería contar. Es una lección que he sacado de esta experiencia y que desde entonces trato de aplicar en el día a día.

Quería compartir esta historia personal como prefacio de la adaptación en libro porque, desde el primer día de *casting* hasta el último de rodaje, la aventura de *Las amistades peligrosas* ha sacado algo de mí que no conocía. Al rodar esta película, he descubierto una parte de mí misma cuya existencia ignoraba, he vivido situaciones increíbles y he conocido a gente a la que no olvidaré nunca. Sobre todo, mi vida no volverá a ser la misma, pues ahí fue cuando nació mi pasión por actuar.

Tras ocho semanas de rodaje, pensaba que Célène, Tristan, Vanessa y los demás personajes no escondían ningún secreto para mí, pero, un año después de rodar la primera escena, he recibido la adaptación del guion y tengo que reconocer que me la he leído del tirón. Me ha emocionado y me ha dado la sensación de que he podido redescubrir aún mejor el recorrido de mi personaje. He reído, he llorado, he vibrado, me he sorprendido y, con todas las anécdotas, las canciones y los secretos del rodaje, creo de verdad que este libro es para mí mucho más que una novela: es el vehículo que traslada a los lectores al universo de la película. Y me alegro de que ahora podamos compartir este recuerdo inolvidable.





# PRÓLOGO

## TRISTAN

¿A qué estarías dispuesto para hacerte famoso? Hace doscientos años, las élites eran quienes tenían sangre azul, la aristocracia. Hace veinte años, quienes estaban forrados. Pero, en la actualidad, tener un título o dinero no quita que puedas ser un pringado. Hoy en día, el poder es la fama, y, cuando uno la consigue, está dispuesto a todo para conservarla, aunque le cueste la vida.

Camino por la azotea del teatro del casino de Biarritz, a oscuras, lejos del brillo, de las lentejuelas, del público, de los fotógrafos profesionales y aficionados, de los seguidores y de los *instagrammers*. Lo he dejado todo atrás.

La luz del faro se refleja en las ventanas de los edificios que dominan Côte des Basques y me desafía, me recuerda sin cesar que he abandonado. Mi odisea termina con la pérdida de la única mujer a la que he querido en toda mi vida. Me acerco al borde; tengo los pies a apenas unos centímetros del vacío, que me llama. Ha sido un reto lo que me ha traído a esta azotea y será otro lo que me libere. Dentro de menos de cinco segundos, voy por fin a superar «el último reto». ¿Cuánto tiempo puedo aguantar en equilibrio en el borde de una azotea, a diez metros del suelo, con los ojos cerrados y un móvil en una mano y una botella de *whisky* y un cigarrillo en la otra?

En los últimos tres años he llevado demasiadas caretas y he desempeñado demasiados papeles: el de novio perfecto, el de campeón de surf perfecto, el de hijo perfecto, el de soldado perfecto. Pues ahora voy a desempeñar el de equilibrista perfecto.

Un paso más y me caigo.

Camino por la cuerda imaginaria, doy una última calada y me enciendo de inmediato otro cigarrillo. No siento nada. Me llevo el pitillo a los labios e inspiro con fuerza. A lo mejor es el último. Me dejo el humo un tiempo en la boca; el ardor me consume poco a poco. Calma momentáneamente el dolor que me taladra por dentro y que no deja de crecer minuto a minuto. No me soporto. Y hay una frase que resuena cada vez con más fuerza en mi cabeza: «¿A qué estarías dispuesto para hacerte famoso, para formar parte de la élite?».

En la actualidad, para formar parte de la élite solo hay que hacerse viral. Con un móvil, un buen plan y algo de suerte, uno puede convertirse en estrella. Cuanto más joven se empiece, más probabilidades hay de conseguirlo, pero el objetivo no es solo llegar a lo más alto de la pirámide. Lo más difícil de todo es no ser destronado. Para ser un rey popular entre sus «súbditos», hay que saber elegir a la reina. ¡Y menuda reina! Mi cómplice era Vanessa Merteuil: la única, la niña prodigio, la protagonista de la trilogía *La pequeña Sophie*, que primero le derritió el corazón a toda Francia y luego al mundo entero. Vanessa Merteuil, la pequeña Sophie, una ricura. Si la gente supiera que no es quien dice ser...

Yo tampoco soy quien digo ser: fumo, bebo, me drogo, no tengo ni valores ni moral y estoy dispuesto a todo, sin escrúpulos, para seguir siendo famoso. El problema cuando uno decide renunciar a su naturaleza humana es que, para sentirse vivo, necesita correr cada vez más riesgos y asumir retos más peligrosos. El de este año se llamaba Célène. La única mujer a la que he querido de verdad. Y aun así le he destrozado la vida conscientemente.

Miro hacia arriba y escupo el humo que contenía en el pecho; se alza hacia las estrellas. Antes de Célène estaba Vanessa. Ella era la única que entendía mi parte perversa, y por un buen motivo: era pura perversidad con cara de ángel. Vanessa Merteuil, la versión femenina contemporánea de Dorian Gray, reúne

en apariencia juventud y perfección, pero tiene el alma de un monstruo centenario que se alimenta de la pureza de los demás y los arrastra con gusto a su lujuria. Vanessa y yo caminábamos por la vida juntos, reinábamos el uno al lado de la otra, estábamos por encima de la ley y nos burlábamos del amor y de los sentimientos humanos en general: esos sentimientos que, pensábamos, nos debilitan. El peor sentimiento de todos es el amor: la mayor confesión de debilidad.

Vanessa y yo estábamos vinculados por un contrato, un acuerdo bien montado: la pareja perfecta, sana de cuerpo y mente, buena y cariñosa. Nos exhibíamos en Insta y dábamos nuestros «mejores consejos» románticos a nuestros nueve millones y medio de seguidores en *La pequeña Sophie in love*, el diario de Vanessa.

Mi socia me ayudó a ganar seguidores y así conseguí el patrocinio de grandes marcas para acudir a torneos de surf. Nunca nos rebajamos a querernos, pero Vanessa sabía calentarme, excitarme sin ningún contacto físico de verdad. Me puse un reto personal: que fuese mía... solo una vez. Hice un montón de tonterías por esa tipa, pero sería ir a lo fácil decir que Vanessa me manipuló. No, siempre fui totalmente consciente de lo que hacía: las normas las pusimos entre los dos.

Llegué a tocar con la punta de los dedos el amor verdadero, el que me daba ganas de ser un hombre mejor. Célène, mi tornado de metro cincuenta, me pilló por sorpresa. Llegó sin avisar e hizo volar en mil pedazos mi mundo de perversidad a fuerza de convicciones, valores y principios. Hizo lo que ningún otro ser humano había logrado: me sorprendió, me divirtió y me llegó al corazón. Pero las cartas ya estaban echadas y no podía dar marcha atrás.

¿Acaso tenía elección? ¿Habría podido impedir semejante tragedia? No dejo de pensar en lo sucedido estos tres últimos meses.

Esta es mi confesión, queridos seguidores, y ya es tarde.

Adiós, Célène. Siempre te voy a querer, pero eso ya da igual.



# CÉLÈNE

**N**o puedo respirar; me ahogo; ya no tengo frío. El viento del suroeste me golpea el rostro. El vestido de novia cada vez me pesa más. Estoy agotada; corro con todas mis fuerzas, pero los pies se me hunden en la arena helada. Estoy sola en la oscuridad, y solo la luz del faro ilumina el mar y las rocas. ¿Cómo he podido ser tan tonta? Si mi madre aún estuviera aquí, ¿se avergonzaría de mí? ¿Me abrazaría para tranquilizarme y decirme al oído que todo va a salir bien, aunque sea una mentira piadosa?

Cuando morimos, dejamos un rastro tras nosotros. Nos definen nuestras acciones; somos nuestros valores, nuestras convicciones, nuestra moralidad. He renegado de todos mis principios por un hombre que me ha destrozado. Ha echado a perder mi reputación, mi honor, la esperanza de un futuro feliz, la esperanza de futuro a secas. Pero la única que tiene la culpa soy yo. Tristan solo aprovechó la ocasión que yo le ofrecía. ¿Habría actuado de otra forma de haber sabido lo peligroso que era? ¿De haber sabido que la moral y la lujuria son adversarios en el tablero de juego que es la vida y que, cuando estalla la guerra, no toman prisioneros? El combate solo puede acabar con la muerte. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Dejo de correr; hasta me cuesta andar. En la orilla estoy frente al mar; un mar negro, un mar denso, un mar salvaje que, sin embargo, me atrae. Me pesa el vestido, así que con un gesto me arranco la crinolina perlada y la dejo caer en la arena. Avanzo con urgencia hacia el mar, que me tranquiliza a pesar de la violencia

de las olas. Solo puedo pensar en una cosa: mandar callar todos los ruidos, todas las voces que me resuenan en la cabeza. Bañarme, renacer... y, para ello, dejar de existir. Ahora mismo me envuelve el mar, y por fin se atenúan las voces. Solo unos pasos más: la cadera, la cintura, el pecho, el cuello. Estoy flotando, hasta que dejo de flotar. Me hundo. Ya no me pica la sal en los ojos y noto cálida el agua. Por fin se hace la calma.

Dicen que, cuando se está a punto de morir, se ve pasar la vida por delante de los ojos. Pues yo veo el momento en que cambió todo y oigo la voz de Pierre: «Célène, Célène...».

*3 MESES ANTES*

# 1. CÉLÈNE

—Célène, ¿estás ahí?  
—Pierre, ¿me oyes?  
—Sí, perfectamente.

He recuperado la conexión con Pierre: concuerdan imagen y sonido, la pantalla se estabiliza y por fin tengo delante a mi prometido. No soy muy de iPhone, pero este me lo ha regalado Pierre para hacer más fácil nuestra relación a distancia. A él le gustan las tecnologías mucho más que a mí; será su lado científico.

Todavía no me he marchado de París y ya estamos teniendo problemas de comunicación. ¿Será una señal? Puede que para otra pareja sí, pero no para nosotros. Pierre es mi alma gemela, mi apoyo. Nos lo contamos todo, nos conocemos a la perfección y tenemos los mismos gustos literarios; además, es el único que entiende mis pullas sobre Proust. Bueno, mis pullas en general, más bien. Comprometerse a los diecisiete años puede parecer algo prematuro, pero, si es el hombre de mi vida, ¿para qué esperar? Pierre y yo hemos fijado la fecha para el día en el que cumpla dieciocho años, dentro de trescientos sesenta días.

Ya lo tenemos todo previsto: acabaré el bachillerato en Biarritz; mi padre estará mejor; Pierre empezará segundo de Medicina, y yo, primero en la facultad de Letras, y viviremos juntos en el pisito que le han arreglado sus padres en la sexta planta de su edificio. Aunque, para ser sincera, son más bien dos pisitos unidos. La señora de Tourvel, la madre de Pierre, quiere que esté más a gusto que un arbusto. Por cierto, Pierre también es el único que no cree que hable como una carca. También lo quiero mucho por eso.



Seguimos hablando por FaceTime. La imagen no es mala, pero el sonido es pésimo. No oigo bien a Pierre por culpa del tumulto parisino: el tráfico, los pitidos de los coches y los gritos de «gilipollas» de los locos del volante frustrados por no avanzar, por no hablar de los acelerones de las motos, que parecen burlarse de nosotros. No voy a echar nada de menos el tráfico de París. Pero la Torre Eiffel sí. Dentro de nuestra desgracia, algo de suerte sí que tenemos: estamos atascados en la plaza del Trocadero, una de las más bonitas de París. La inmortal Torre Eiffel domina majestuosa el Campo de Marte. Sonríe al pensar en que la torre, alabada en la actualidad en el mundo entero, se consideraba un espanto cuando se construyó. Hizo falta gente muy influyente, las estrellas de la época, para crear una nueva corriente de pensamiento, la moda Eiffel.

—Oye, amor, entra en el enlace que te he enviado. Te llamo luego, ¿vale?

Mi Pierrot me cuelga antes de que pueda contestarle. Me ha enviado un enlace: [www.lapequeñasofiaainlove.ep/mariposa](http://www.lapequeñasofiaainlove.ep/mariposa).

En pleno atasco parisino, decido ponerme a ver el vídeo que me ha enviado mi querido Pierrot. Solo tarda unos segundos en reconocer a la protagonista: es Vanessa Merteuil, la estrella de la trilogía *La pequeña Sophie*. ¡No sabía que tenía un canal de YouTube! Debemos de tener más o menos la misma edad, pero a ella se la ve muy madura, casi maternal. Es tan guapa como tierna: la hermana mayor que todos los adolescentes queríamos tener, con la que podríamos hablar de todo. Es una pena que no siga siendo actriz. Ahora sé lo que ha estado haciendo durante estos cinco últimos años: al parecer, se ha especializado en dar consejos amorosos. Una vez superada la sorpresa, me centro en el contenido del canal, sin entender aún muy bien por qué me envía Pierre este enlace justo ahora.

—Y para que el sexo telefónico os salga perfecto, amores, tenéis que relajaros y prepararos para disfrutar. Personalmente, os aconsejo la mariposa de la marca Yoba, que es un valor seguro. Vibra en silencio, para que no se enteren tus padres. Y, además, es preciosa.

¡Qué tensión! Bajo del todo el volumen del móvil para que no se entere mi padre, que frunce el ceño como para intentar ver mejor la pantalla. Pero ¿por qué me envía esto Pierrot? No es nada de nuestro rollo. La pequeña Sophie se queda congelada con la «mariposa» milagrosa en la mano porque Pierre está volviéndome a llamar por FaceTime. Ni que hubiera cronometrado cuánto dura el vídeo. Descuelgo y sonrío incómoda.

—Dime, ¿qué te parece?

—¿El qué?

Sé que no está bien jugar con los sentimientos de mi novio, pero no puedo evitar pincharlo un poco. Al fin y al cabo, la culpa es suya por sacar el tema cuando sabe perfectamente que estoy acorralada en el asiento de una furgoneta entre mi padre y mi perro a las siete y media de la mañana.

—Pues... lo del... sexo telefónico.

Vale... ¿De verdad se cree que me voy a poner a hablar del tema ahora? Lo cierto es que tampoco tengo mucho que decir sobre la cuestión.

—Pues eso, para estar más unidos. Porque un año entero, yo en París y tú en Biarritz, va a estar complicado. Además, ya has visto lo que dice: «Cuando dos se quieren mucho...». ¿No nos queremos tú y yo mucho y, además, estamos comprometidos desde hace año y medio? Dime, ¿te apetece?

Giro la pantalla del móvil hacia mi padre para que Pierre entienda que no es buen momento para hablar del tema, y este comprende de inmediato lo ridículo de la situación y se pone rojo como un tomate. Mi padre, que estaba en la parra, se da cuenta justo entonces de que estoy hablando con mi novio, así que se acerca al teléfono y abandona por unos segundos el paquete de patatas fritas para mirar la pantalla.

—Hola, Pierre.

—Eh... Hola, suegro. Luego te llamo, amor.

—Oye, Pierre —le pregunto para ponerlo a prueba yo a él—. ¿Tú crees que podremos con esto?

—¿Con el sexo telefónico? ¡Obvio!

Esbozo una mueca de sorpresa. Es una reacción poco habitual en él. Por suerte, mi Pierrot también estaba intentando pincharme. Entonces me sonrío con ternura y me tranquiliza como de costumbre:

—Es broma, amor. Pues claro que vamos a poder con esto. Porque el amor no conoce...

Me río. Sabía que hablaría de literatura para animarme.

—«El amor no conoce distancias». Honoré de Balzac. Facílimo.

Mi perro me oye decir su nombre y me pega un lametazo en la mejilla. Balzac, que se llama como el autor del mismo nombre del que claramente soy fan, es mi peluche gigante, un peludo de treinta y cinco kilos negro como el carbón y con una carita para comérselo.

—Y no te olvides de que habíamos quedado en al menos una historia al día, ¿eh?

Pongo los ojos en blanco y se ríe.

No entiendo por qué insiste tanto en que use esa aplicación. No sé qué interés puede tener contarle mi vida en redes sociales a gente que no me conoce de nada. ¿No le vale con que le envíe fotos y vídeos por mensaje?

—¿Por qué quieres historias? ¿No te vale con vídeos? —protesto.

—Porque molan más.

Para recalcar lo que acaba de decir, Pierre hace no sé muy bien qué con el móvil y, de repente, le aparecen unas orejas de perrito en la coronilla, un hocico y una lengua rosa. Está monísimo. No tiene nada que envidiar a Balzac.

—¿Y dices que mola? —le pregunto entre risas.

—¡Pues claro!

Si Pierre quiere que publiquemos historias todos los días en Instagram, tendré que aceptar.

—Reconozco que un poco sí que mola. Está bien; voy a hacer un esfuerzo.

—¿Con las historias o con el sexo telefónico?

—Con los dos —le digo con gesto convencido y guiñando el ojo.

Colgamos felices y más tranquilos. Una vez más, nuestra complicidad vence a todo. Como decía Albert Einstein, «existe una fuerza motriz mayor que el vapor, la electricidad y la energía nuclear: la voluntad». Pierre y yo nos hemos elegido mutuamente y nuestra voluntad de que funcione nuestro amor a distancia durante un año nos permitirá superar todos los obstáculos.

Los ladridos de Balzac me devuelven a la tierra. Él también nota que está a punto de cambiarnos la vida. Lo acaricio para intentar tranquilizarlo y le repito que todo va a salir bien, que el que nos vayamos de París a Biarritz es inevitable, que vamos a vivir un tiempo en casa del tío Patrick y la prima Charlotte y que el suroeste es lo más y me va a encantar salir a correr por la playa. Luego le susurro al oído que no podemos, en ningún caso, echarle la culpa a papá.

Miro de reojo a mi padre: con la mano izquierda, en la que aún lleva la alianza, da golpecitos al volante. Con gesto derrotado, introduce sin pensarlo la mano derecha en el paquete de patatas fritas. Luce una barba de varios meses en las mejillas arrugadas y tiene el pelo revuelto y demasiado largo. Da lástima verlo. De ir siempre de punta en blanco ha pasado a llevar una camiseta vieja demasiado grande para lo delgado que es y unos pantalones de chándal más apropiados para pasarse el domingo viendo la tele.

Aunque me da mucha pena alejarme de Pierre, sé que papá necesita esta nueva vida que se nos ofrece. Mi padre es el famoso director de teatro Christophe Riva. Espero que volviendo a sus orígenes encuentre la inspiración y retome su carrera justo donde la dejó cuando se quedó sin su musa. Seguimos parados en la plaza del Trocadero y mi padre está desesperado. No entiende por qué el motorista que lo acaba de adelantar lo insulta cuando ha sido él quien ha estado a punto de abollarnos el parachoques.

—¿Qué haces? —le grita mi padre, levantando los brazos.

Nos vamos. Adiós, París, dirección Biarritz. Subo el volumen de la radio y marco con el pie el ritmo de «Cimino», el último *hit* de Oscar. Que me gusten Proust, *madame* de Lafayette y Victor Hugo no quita que también pueda ser fan de un cantante de *La voz*. Montaigne habría sido rapero de haber nacido en la actualidad. Cierro los ojos y tarareo la letra de «Cimino» para mis adentros, y me doy cuenta, por extraño que parezca, de hasta qué punto esta canción me recuerda a mi vida, mis temores y mis esperanzas, todo junto.

Así es como me marcho de París, mi ciudad natal, para mudarme a Biarritz, la ciudad favorita de Victor Hugo. Dentro de unas horas, el mar será mi Torre Eiffel y podré contemplarlo siempre que quiera. Sin embargo, pensar en el resplandeciente mar también me inquieta: el infierno a menudo se disfraza de paraíso.

El viaje es largo, de nueve horas para ser exactos. Mi padre no me dice nada, absorbo en sus propios pensamientos y en las Pringles. En varias ocasiones intento empezar un diálogo con él. Por ejemplo, me gustaría saber por qué mi tío siempre lo ha llamado «gordi», cuando mi padre se parece más a Bradley Cooper (el guapo) que a Zach Galifianakis (el bajito de la barba) en *Resacón en Las Vegas*. ¿Hacia surf cuando vivía en Biarritz, la ciudad de la que se marchó para mudarse a París con mamá?

Mis padres se conocieron en el instituto. Fue todo un flechazo, y mi madre acompañó a mi padre cuando lo aceptaron en el Conservatorio Nacional Superior de Arte Dramático después de que ella lo obligase a presentarse a las pruebas de acceso. Por cierto, ¿se acordará aún de la escena para la prueba que mamá lo ayudó a prepararse?

Demasiadas preguntas a las que solo me responde de forma imprecisa, así que no tardo en darme cuenta de que no le apetece hablar. Así pues, me encierro en mi burbuja, hurgo en la caja de cartón que llevo sobre los muslos y saco de ella un portarretratos con mi foto favorita de mi madre y mía. Saco el móvil e inmortalizo el portarretratos que sostengo con la mano izquierda. Esta

foto va a ser mi primera publicación en Instagram, así que escribo en el pie de foto: «Me marché del piso que me vio nacer y en el que fuimos muy felices con mamá». De inmediato recibo un *like* de mi prima Charlotte, seguido de una lluvia de emoticonos de corazón y de un SMS: «Prima, nos lo vamos a pasar en grande. No te pienso soltar».

Me asusta un poco. Charlotte siempre ha sido el alma de la fiesta y nunca ha entendido bien el concepto de intimidad. De niña nunca cerraba la puerta del baño; se me metía en la cama del revés, usando mis pies como almohada; me abría siempre las cartas; se ponía mi ropa... Pero ¿qué culpa tiene ella? Su madre, mi tía Léa, no tenía límites, no se ponía barreras y antepone sus fantasías a la menor de las obligaciones: mujer antes que madre, y pintora por encima de todo. No creía en la fidelidad, un concepto inventado por los hombres para someter a las mujeres, decía. Se consideraba un espíritu libre y solo creía en el compromiso cuando afectaba a sus propios deseos. El tío Patrick pensaba que, cuando fuera madre, Léa sentaría la cabeza, pero más bien fue al contrario: cada vez ansiaba más la libertad. Pasaba cada vez más tiempo fuera de casa y encadenaba escapadas: retiros de yoga, artísticos, tántricos y de todo tipo.

Cuando Charlotte estaba a punto de cumplir doce años, un día mi tía la cogió en brazos y la abrazó con todas sus fuerzas para despedirse de ella y decirle que la quería mucho. Iba a irse de retiro chamánico diez días, pero fue la última vez que Charlotte la vio. El tío Patrick nunca llegó a recuperarse del abandono y empezó a atar en corto a mi prima. Veía en ella la misma espontaneidad y las mismas ganas de conocer mundo y de disfrutar a tope de la vida que caracterizaban a su exmujer. Enviar a Charlotte a Santa María de la Inmaculada Concepción era para él la manera más segura de inculcarle la moralidad y los valores de los que carecía la madre de Charlotte.

Tras tres paradas para que Balzac hiciera pis y otra para repostar, por fin llegamos al País Vasco francés. Contemplo el paisaje que desfila ante mis ojos y reprimo en lo más profundo de

mí todos los sentimientos contradictorios que me asaltan. Pienso en Pierre y saco el móvil para subir mi primera historia a Instagram. Al principio me cuesta: pongo filtros cuando no hace falta, introduzco texto sin querer... pero, por fin, lo consigo. «Biarritz, ciudad favorita de Victor Hugo. Ahora lo entiendo».

El GPS indica que solo nos quedan unos metros para llegar a nuestro destino. Cuando la furgoneta toma una callejuela de un barrio residencial, la inquietud se apodera de mí.

Mi padre aparca el vehículo enfrente de una preciosa casa típica vasca con jardín. Se trata de una enorme edificación de fachada blanca, cuyos postigos rojos contrastan con la estructura del mismo color. Mi tío y mi prima apenas tardan unos segundos en salir a recibirnos.

—¡Míralos, los de la capi! Qué *cringe* da tu coche, *bro*.

Me echo a reír cuando oigo a mi tío. Tras una breve formación en «entender el lenguaje juvenil.com», «de *boomer* a *fachero.com*» y «lenguaje adolescente 2022 instrucciones de uso», domina el idioma joven como otros dominan el inglés o el alemán como segunda lengua. De este modo cree haber construido un puente intergeneracional, con un método vanguardista y «con *flow*» de aprendizaje escolar eficaz con el que no parezca un «chapas» y haga «flipar» a los jóvenes que lo rodeen. ¡Ahí es nada!

Mi padre sale del vehículo dirigiéndole un simple gesto con la mano. Cuando me toca a mí bajarme de la furgoneta, con el cuerpo algo agarrotado del viaje, Charlotte me sorprende con un abrazo. Mi prima apoya con gusto la cabecita pelirroja en mi cuello y me grita al oído un «¡prima!» que casi me rompe el tímpano.

—¡Cuánto te he echado de menos! —se entusiasma.

Lo único que se me ocurre responderle en ese momento es:

—¡Estás igual!

Observo a mi tío, que parece contento de verdad de acogernos. Abraza a mi padre con emoción y luego se dirige a mí.

—¡Adoro! Te va a flipar estar de *chill* con Chacha —dice con orgullo mientras me zarandea.

Hago como que entiendo lo que me dice y le dirijo mi mejor sonrisa de circunstancias. Está impaciente por enseñarnos la casa, que ha quedado «refachera» desde que la reformaron. También quería renovar el jardín. De repente, Balzac salta de vehículo y no se resiste a correr de arriba abajo, y yo me apresuro a cerrar el portón del jardín para que no se escape de casa.

—¡Balzac! ¡Ven aquí ya mismo!

—Déjalo. Tiene que desfogarse —me dice mi prima.

—Tal cual. Déjalo tan ricamente.

Vuelvo a sentir la necesidad de aislarme y hago como que tengo que subir a refrescarme. Me dirijo hacia el primer balcón que veo y abro el ventanal para respirar la brisa marina. Las vistas son preciosas. Apoyo las manos en la barandilla de madera roja y permanezco unos minutos contemplando el mar, bordeado por acantilados. Me convenzo de que esas vistas no tienen nada que envidiar a la Torre Eiffel.

—¿Puedo?

Me asusto y me doy la vuelta. Mi padre, incómodo, sale también al balcón y se sitúa a mi lado. No hablamos; permanecemos los dos pensando cada uno en nuestras cosas. El sol va cayendo en el cielo para acariciar las olas. A pesar de que la noche empieza a desplazar al día, los surfistas siguen atravesando los tubos, y simplemente verlos levantar el vuelo con total despreocupación a través de las olas me provoca nostalgia. Se les ve tranquilos, libres, llenos de vida.

—A mamá le habría encantado vivir aquí.

Tomo aire y proceso ese dolor tan familiar que me oprime el pecho. Hago todo lo posible por no echarme a llorar, por mantener la cabeza alta por mi padre y demostrarle que es posible un futuro aunque no esté ella.

Cuando se vuelve, le veo el rostro manchado de lágrimas, que no me esperaba. No tiene la costumbre de abrirse; los dos últimos años nos los hemos pasado cada uno encerrado en su propio dolor.

—Venga, papá...



—Joder, es que la echo de menos —se rompe, con un nudo en la garganta.

Se lleva la mano al bolsillo del pantalón y saca una patata frita.

Hay tal angustia en su mirada que a veces me gustaría poder ayudarlo en su duelo. Me gustaría demostrarle que podemos superar este obstáculo juntos, que estoy a su disposición. Porque, aunque me pesa la ausencia de mi madre, me da la impresión de que también he perdido a mi padre. Desde que murió, no es más que la sombra de sí mismo.

Me gustaría, algún día, decirle todo esto. Pero hoy no. Hoy opto por «desdramatizar la situación».

—Oye, papá, ahogar las penas en comida basura no es la solución.

—No sé de qué me hablas —replica con descaro.

Mi padre parece fingir tenerlo todo controlado, así que lo dejo en paz.

—Vamos a estar estupendamente en casa del tío Patrick —dice como queriendo convencerse.

Lo interrumpe un grito estridente procedente del jardín. Nos asomamos al balcón: es Charlotte.

—¡Primaaaaaaa! ¡Holi! ¡Estoy aquí! ¿Te gusta el yoga?

Mi padre pone los ojos en blanco y yo me pregunto dónde nos hemos metido.

# UN RETELLING DEL ÉXITO LITERARIO Y CINEMATOGRÁFICO, QUE CAMBIA LAS CARTAS POR LOS MENSAJES DIRECTOS Y LAS INTRIGAS CORTESANAS POR EL ENGAÑOSO MUNDO DE LAS REDES SOCIALES

A sus diecisiete años, Célène es idealista, cree en el amor incondicional y le interesan más los libros que las redes sociales. Ahora tiene que dejar París y marcharse a Biarritz, donde le tocará pasar un tiempo separada de su prometido, Pierre. Allí tendrá que enfrentarse a la diabólica élite de su nuevo instituto, capitaneada por Vanessa, estrella de cine y célebre *instagramer*, y su famoso novio surfista, Tristan, tan peligroso como seductor. Cuando se enamora de él, Célène está lejos de sospechar que se encuentra en el centro de una cruel apuesta entre Tristan y Vanessa. ¿Hasta dónde estarán dispuestos a llegar por la victoria?



FANDOM BOOKS

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)